

El eterno viaje

Mi Libro Vacío



JAZMÍN RAMÍREZ

Capítulo 1

Para Itzel, quien me ha permitido dar vida a sus sueños

Capítulo 2

Peces peludos

Los rayos de sol se enredan con el azul del cielo, decorado de nubes blancas que se pasean con el viento.

La arena a sus pies se ve pintada de un anaranjado tostado, lo que la hace ver extrañamente deliciosa. Siente la arena entre los dedos, calentada por el sol, mas no aparta los pies de ella.

Escucha distraídamente las olas que golpean en la orilla. Las voces animadas a su alrededor y el grito de algunos despistados que se han alejado y están por ahogarse.

Buscando a los famosos "peces peludos" únicamente logrando ver sus colas sobre salir del agua. Esperando a que alguno se deje ver, pasea sus ojos alrededor, atenta a toda clase de personas que caminan en la playa. Aquellos que corren torpemente buscando la sombra, persiguiendo la chancla perdida entre las olas, o jugando con la arena a orillas del mar.

Finalmente, un animado pez avanza trabajosamente en la orilla, brincando graciosamente por todas direcciones. Igual a como se espera ver a un pez fuera del agua, más este no ha de secarse, sin embargo, no ha hallado otra forma de trasladarse.

"Peces peludos", aunque no sea precisamente pelo lo que cubre sus cuerpos, sino más bien abundantes y largas escamas medio puntiagudas que toman la apariencia de finos cabellos marrones y brillantes al sol.

Escuchando sus graciosas voces, observándolos saltar fuera y dentro del agua continuamente; como si aquello se tratara de lo más normal del mundo, como si lo hubiese visto muchas veces antes, a pesar de ser esta su primera vez en la extraña playa de peces peludos. Fascinada por el espectáculo del mar y las criaturas, que ha olvidado que en un principio no sabía realmente como ha llegado en aquel lugar.

Nuevamente pasea sus ojos alrededor, siendo así que hombres de traje marchan con dificultad en la arena. Aislinn hecha un vistazo al resto de la gente, a quienes no parece impresionarles que un par de hombres de traje anden caminando en la playa.

Su piel morena reluce a la luz del día, tan brillante como las olas. Su mirada curiosa a los detalles extraños que la rodean. Sigue con la vista a los hombres de traje hasta que salen de la arena, donde están las

escaleras que conducen a un pequeño mercado.

Se levanta de la toalla en donde ha estado sentada, retira la gran sombrilla sobre su cabeza, insegura de que ambas le pertenezcan a ella, ya que no recuerda haberlas traído.

Busca a los hombres entre la multitud del mercado. Encantada escuchando como todos en el lugar son güeros y de ojo verde. Finalmente alcanza a ver a los misteriosos hombres apartados del resto, lejos del gentío, en lo que parece ser otra parte del mercado cubierta de lonas blancas.

Se abren paso entre ellas y desaparecen a ojos de Aislinn, quien, alimentada por la curiosidad (olvidando al pobrecito gato que murió por curioso) se encamina hasta donde se han escondido los hombres, escuchando cada vez más lejos las voces de las demás personas, pero el ruido de todas ellas no desaparece completamente.

Asoma su cabeza apartando las lonas con las manos. Forzando sus ojos a ver algo entre las sombras, y, sin darse cuenta, termina estando rodeada de toda esa oscuridad. Envuelta en silencio y viento helado que no trae ningún aroma o sonido.

Capítulo 3

Florencio

Puntos de luz blanca decorando un abismo negro. Observa el espectáculo a través de una ventana circular. Sintiendo el movimiento del resto a su alrededor y el dulce perfume de flores que entorpece ligeramente su razón.

Lentamente se percata de estar al borde de la incertidumbre. Indagando en su mente sin mucho afán, puesto que aún se ve perdida en la hermosa vista a través del cristal, misteriosamente acostumbrada al escenario de susurros y aromas que la rodean.

Una pequeña sacudida es lo que la hace entrar en razón. Rápidamente se pone a examinar sus recuerdos, llegando a su memoria las fugaces imágenes de los hombres de negro, la confusa oscuridad tras las lonas blancas y su actual situación.

Nerviosa ante su ineficiente memoria, trata de esforzarse un poco más, regañándose internamente por tener lo que parece amnesia.

Finalmente, justo en el momento en que su cabeza no da para más, un cuerpo extraño choca estrepitosamente contra ella ante una segunda sacudida (cosa que ya ha comenzado a alarmarla).

-Disculpa- comienza, preparada para atormentar con preguntas a quien ha tenido la mala suerte de haberse tropezado con ella- Sabrás si...

Sus palabras se ven interrumpidas apenas ha alzado la vista; sorprendentemente tranquila ante el aspecto de la criatura. Simplemente desconcertada, con la leve sensación de haber visto algo así antes.

- ¿Qué cosa eres tú? - le cuestiona rápidamente, no importándole si ofende o no a la criatura.

- Lo mismo que tú, pero no lo era antes.

Instintivamente mira abajo pretendiendo observar sus manos, sin embargo, no lo consigue puesto que carece de unas. Nuevamente, extrañamente tranquila, como si aquello fuera lo mismo de siempre, cavila con respecto a si realmente las ha tenido.

-A juzgar por tu reacción- prosigue quien se ha tropezado con ella- tú tampoco eres lo que eres ahora.

-Pero, ¿Cómo puedo dejar de ser lo que era? – inquiera ansiosamente, ahora más segura de su verdadera forma, y de haber tenido manos.

-Eres humana, ¿no es así?

-Naturalmente, o eso hace...- nuevamente recorre sus recuerdos, sin embargo, en tal situación no parecen más que el sueño de una vida de fantasía- ya ni se hace cuánto.

-Me veo en una situación similar, ¿Cuál es tu nombre?

- Abelia- se apresura a decir, y nuevamente la invade la duda- no, ese no es, aunque es el que recuerdo. A decir verdad, ya no creo poder confiar en mis recuerdos, aunque tampoco sé si antes lo hacía.

- He conocido a alguien con la misma sensación que tú. Quizás al momento de perder tu verdadera forma has perdido tu nombre.

- ¿Y quién es ese “alguien”?

- Alhelí. Ahora debe de estar por algún lugar de esta nave.

Abelia se toma el tiempo de recorrer con la vista todo el lugar, posando sus ojos en el resto de las criaturas a su alrededor, similares a ella. Todas de un color rosa muy suave, ligeramente transparente, como gelatina (o al menos es su propia descripción con respecto al color de sus cuerpos).

- ¿Cuál es tu nombre?

-Florencio, y estoy seguro de que ese era mi nombre desde antes.

Abelia observa con mayor detenimiento la apariencia de Florencio, un aspecto curiosamente gracioso, mas la sonrisa se pierde al recordar que ella es similar. La única diferencia cae en sus cabezas, que son decoradas con distintas flores, lo que la hace comprender la razón de sus nombres actuales.

La cabeza de Florencio que se extiende en lo que parece ser un tallo color rosa que termina en una flor de un delicioso color azul pastel. Ella, (quien es incapaz de examinar su aspecto), en su cabeza se alza un tallo similar al de Florencio, más de él nacen otros y de ellos flores color blanco.

Capítulo 4

Nave espacial

Navegando silenciosamente en un mar de estrellas. Rodeada de criaturas curiosas con bonitas flores adornando sus cabezas.

Abandonada en una nave. Observando a través de la ventana, aun con la mirada bailando en las luces. Tratando de recordar un pasado fantasma, llegando a su memoria borrosas imágenes de peces extraños, el ligero y distante sonido de las olas de mar y la lejana sensación de la arena entre los dedos (lo que la hace recordar lastimeramente que ahora no tiene dedos).

Olvidando ahora casi completamente a los hombres de negro, el extraño mercado y la oscuridad que la envolvió antes de aparecer en un lugar distinto, vuelta una "especie" distinta en una nave.

Observando con tristeza su enorme hogar, el azul brillante de la tierra y su elegante y bonita forma. Así mismo, pasea sus ojos en los otros planetas, diferentes y de graciosos rubores, formas, tamaños.

Un planeta de colores cambiantes; únicamente indeciso entre el rojo, naranja y café. Rodeado de números que aparecen y desaparecen; como aquellos numeritos pintados en las pantallas de las calculadoras de la escuela.

"El planeta 9" del primer sistema solar. Muy conocido, extremadamente famoso por su tecnología. Un planeta al cual es caro visitar y aún más lo es pasar una vida ahí, por lo que la pobreza no existe en dicho planeta.

Florencio se acerca cautelosamente a la ventana, ligeramente indeciso en sus pasos puesto que desconoce la estabilidad emocional actual de su compañera desconcertada, posiblemente asustada.

-Ese es mi hogar- Declara orgullosamente, Florencio- no recuerdo mucho, pero se firmemente que ese es mi hogar.

Abelia, quien no despega los ojos de la ventanita, sonríe para sus adentros al volver la mirada a su casa, afirmando silenciosamente que los brillantes colores de su planeta son mucho más hermosos.

- Y ese es el mío- Señala Abelia, inclinando la cabeza.

-La tierra- pronuncia una tercera voz detrás de Florencio.

Naturalmente, una criatura similar a todos ellos; desprendiendo pétalos, esparciendo los dulces aromas de sus flores moradas y rosadas.

- ¿Tú también estas en problemas? - pregunta indiscretamente a la confundida Abelia.

- Si

- Era obvio, supongo- Se acerca meneando elegantemente el tallo de flores- Soy Alhelí. No te molestes en recordarlo si no quieres, finalmente no es como me llamo en realidad.

- ¿Vienes del mismo lugar? - le cuestiona Abelia.

-Mismo planeta, así es.

Abelia observa atentamente a sus compañeros, aquellos que se encuentran en la misma complicada situación, al borde de la confusión y la locura. O es lo que a ella le gustaría creer, puesto que se sentiría más cómoda, sin embargo, es fácil pensar que ellos llevan más tiempo varados en la problemática a juzgar por su comportamiento calmado.

El aroma de las flores comienza a volverse pesado, alterando más sus nervios, revolviendo su estómago y nublando todo razonamiento.

- ¿Es que ustedes llevan más tiempo viajando y con estos cuerpos? - Acaba preguntando, dirigiéndose a Florencio y Alhelí a la vez.

-No mucho más que tú, aunque es difícil medir el tiempo cuando se viaja en el espacio.

- ¿Sin descanso? ¿Es que no han bajado de la nave?, ¿Cuánto es que dura este viaje? No suele tardar demasiado trasladarse a un planeta distinto.

- Se nota que recién haz abierto los ojos- señala Alhelí en tono indiferente.

-Bien, te contaré lo que se- ofrece Florencio amablemente, buscando apaciguar con su tono de voz la brusquedad en las palabras de Alhelí.

La pequeña historia de aquellas criaturas vagando en el espacio.

Capítulo 5

El eterno viaje

(La historia que Florencio relata a Abelia)

Siempre está presente el silencio. Jamás se escucha una sola voz. Sus pasos son mudos y sus movimientos igual de taciturnos. Es posible incluso oír cuando un pétalo se cae.

Es como si todo se perdiera en el perfume de las flores y el brillo de las estrellas. Los colores a través de la ventana. En ocasiones hasta crees percibir las voces de los cientos de personas que habitan cada uno de los planetas.

Por esta razón es que es imposible hablar con alguien. Y la historia detrás de su eterno viaje se mantiene presente únicamente en las acciones e imágenes de alrededor.

Ha sido únicamente una ocasión en la que nos hemos detenido. Aquella vez todos ellos se esparcieron silenciosamente en la tierra de un planeta extraño. Estaba oscuro, tampoco se presentaba el menor de los ruidos.

Me sorprendí enormemente al descubrir mi capacidad de ver entre las sombras, o algo parecido. Mis ojos percibían el destello de piedras rojas escondidas en la tierra. Al poco rato me percate que todos las recogían (usando la boca, claro) y se encaminaban afanados a depositarlos en un pequeño agujero situado a un costado de la nave.

En ningún momento atendí algún ruido que no fueran las piedras chocar entre ellas.

Pude notar como algunos se alejaban. Escondiéndose entre el césped, los árboles o enormes rocas. Explorando cautelosamente los alrededores deteniendo la búsqueda. Y más tarde, la cabeza de cada uno de ellos se meneaba alegremente, sus ojos brillaban y los pétalos se esparcían cubriendo la tierra, volaban con el viento llevándose su dulce aroma. Era como presenciar un enorme ramo sacudiéndose.

Muy pronto todos caminaron con mayor confianza por todos lados. No tardé mucho en darme cuenta que aquel lugar en el que habíamos aterrizado (fuese un planeta o alguna otra cosa) se hallaba vacío. Y claro no es de extrañar que haya algún otro planeta diminuto vacío.

Pasamos así un rato, recogiendo piedras de brillantes tonos rojizos, metiéndolas en el agujero de la nave. Es así que concluí que eran el

combustible.

Más tarde regresamos a bordo y nuestro transporte se alzó en una sacudida. Anteriormente la nave se había estado moviendo tan bruscamente hasta que nos detuvimos a recargar. Hasta ahora no se había sacudido de tal forma, lo que me permite suponer que necesitaremos aterrizar pronto.

Ellos no parecen tener un hogar, (y de ser que en efecto no lo tengan) me pregunto por qué es que no se han quedado a habitar aquel planeta vacío. Al igual que desconozco a que es lo que le temían cuando llegamos, sin embargo, puede que solo eran cautelosos, pero de todas formas me resulta extraño.

No sé nada más.

Capítulo 6

Piedras rojas

La nave continúa sacudiéndose con brusquedad mientras que Abelia trata torpemente de avanzar hacia el frente. Sus ojos (al igual que los del resto) se pierden momentáneamente con las gotas de luz que se derraman en el espacio. Cayendo tan dulcemente que incluso hacen estremecer su corazón.

Y aunque su transporte ya lleva temblando un buen rato, aun así, no se ha podido detener en busca de combustible puesto que se encuentran considerablemente lejos del planeta más cercano. Tan cerca que se ven todos ellos a través del cristal, mas son increíblemente difíciles de alcanzar.

Los colores, aromas y en especial las estrellas. Un escenario que, en estos momentos de quietud (hasta que la nave se vuelva a estremecer) la hace pensar que así ha sido siempre, olvidando incluso momentáneamente su vida en la tierra.

Llegando a la parte de enfrente repara enseguida en un pequeño panel de control. Sencillo y de un color simple. En la pantalla la imagen de cada uno de los planetas, tachados en los que ya se ha aterrizado. Próximamente se ha de marcar con una llamativa x roja un planeta de tonos rosas y morados y posteriormente lo que ella ha estado esperando, la tierra.

Observando alrededor, posando sus ojos en los demás que continúan perdidos en la fría luz blanca. Nadie le presta atención a ella, a Florencio o Alhelí. Simplemente se mueven de vez en cuando de un lado a otro.

Criaturas sin voz, ni sonido en sus pasos. Solo el perfume de sus flores. Mas realmente no son necesarias las palabras puesto que basta con sus enormes ojos, tan expresivos. Coloreados de los sueños plateados que brindan las estrellas. Tan tristes e impacientes. Ansiosos por llegar a quien sabe dónde. Andando sin problema en su eterno viaje.

Silencio, como ya es costumbre. Tratando de concentrarse en sus recuerdos. Las sensaciones perdidas en su memoria o al menos manteniendo la convicción de su verdadera forma; debido a que ahora se mira confundida. Quizás a causa del tiempo que ha pasado en ese extraño cuerpo, que ya no sabe ni cuánto ha sido.

Al cabo de un rato la nave desciende tan delicadamente como le es

posible, zarandeado al final los cuerpecitos de cada uno de ellos.

Esta oscuro. Únicamente le es dable distinguir destellantes piedras rojizas escondidas entre la tierra. Cautelosos, con el miedo vibrando en sus ojos, las criaturas comienzan a recoger una a una las piedras.

Compartiendo el súbito temor de sus compañeros. De la forma más delicada, Abelia ayuda en la tarea del combustible. Únicamente se escucha el golpeteo producido al depositarlas en el orificio de la nave, lo que le provoca cierto nerviosismo.

No pasa mucho hasta que una luz brillante nubla su percepción de las piedras en la tierra.

Capítulo 7

Volver a casa

De repente un estruendoso sonido hace vibrar el aire y trepidar el piso. Los ojos de todos ellos se ven cegados de terror y en algunos las lágrimas ya han comenzado a brotar. Muy pronto todos huyen de la luz, ocultándose entre las sombras.

Aun siendo que sus pasos permanecen silenciosos y de su boca no sale palabra; se escuchan los fuertes latidos de sus corazones atemorizados. El viento se lleva el aroma del miedo.

Abelia permanece inerte durante un rato, incapaz de comprender que es lo que los ha asustado tanto. Sin embargo, no tarda demasiado en percatarse de la razón de tan frenética huida.

Tres criaturas que desde el suelo parecen espeluznantes. Bailando la luz de un lado a otro, capturando a las pobrecitas flores apenas las perciben. Avanzando tan pesadamente que levantan las piedras escondidas en la tierra.

Pronto los pies de Abelia se ponen en marcha, ansiosa incluso por no emitir sonido alguno. Su cuerpo entero se estremece, los pétalos caen y el aroma que sus flores producen deja al descubierto su temor.

Más adelante ya muchos han subido a la nave. Alrededor otros tantos se han quedado pretendiendo salvar a sus compañeros, pero esto les es imposible puesto que aquellas enormes manos los arrancan y devoran.

Otros más se ocultan entre las sombras, huyendo de la luz para no ser captados y así lograr volver con mayor calma y seguridad. Sin duda, Abelia no culpa a aquellos que ni siquiera han intentado rescatar a quienes ya han fallado.

Corre a toda velocidad, casi alcanzando su destino. Tremendamente asustada puesto que no sabe cuándo es que se decidirán por hacer partir la nave. Mas se detiene súbitamente al percatarse de la figura de Florencio completamente inmóvil, a punto de ser alcanzada por las luces blancas.

Vuelve su vista hacia atrás buscando a quien considera su amigo. Alcanza a ver mejor las tres monstruosidades que amenazan con terminar la vida de cada uno de ellos. Los ojos de Abelia terminan por pintarse de pánico, nublando incluso las destellantes piedras rojizas, al darse cuenta quienes

son esas criaturas abominables.

Las voces que estando ella en esta nueva forma, Abelia las percibe como los estruendosos rayos de una tormenta, y aquellas manos y pies gigantes que alguna vez ella también tuvo. Ciertamente el planeta en el que se encuentran no es la tierra, pero todos los humanos son iguales en cuestión de apariencia, o al menos la mayoría siendo que siempre hay excepciones.

Ahora a sus ojos ellos parecen monstruos. Notablemente decepcionada puesto que aquella es su antigua y tan anhelada forma.

Su atención es devuelta a la razón inicial por la que regreso en sus pasos, Florencio, quien permanece quieto, como si esperara a que ellos lo alcancen y devoren.

- ¿Qué sucede contigo? - reclama Abelia- tenemos que irnos, ivámonos!, podremos volver a casa pronto.

Florencio no responde, limitándose únicamente a sacudir el tallo de la linda flor que posaba en su cabeza hasta que se le caen los pétalos ante el súbito movimiento.

Abelia se aproxima con rapidez y lo jala del tallo usando la boca puesto que carece de manos. De cualquier modo, la criatura no reacciona. Las voces se acercan y se alejan. Tan extraño que los únicos sonidos producido son por parte de esos humanos, pero aun así es posible percibir el grito de miedo silencioso que proviene de todas las flores.

-No puedo- dice Florencio apenas con un susurro

- ¡Oh, no!, ¡si puedes! - acto seguido, Abelia lo empuja en esta ocasión, logrando así hacerlo avanzar.

El suelo tiembla con mayor fuerza y las voces de trueno se vuelven más ensordecedoras. Se acercan.

La nave, tan solo a unos pasos. Florencio avanza trabajosamente - *Congelado por la angustia*- piensa Abelia. Muy pronto siente el movimiento del aire producido por las manos de los humanos alzarse y rápidamente descender para atraparlos.

Lista para morir sabiendo que ha estado a un paso de llegar. Siente un fuerte empujón que la arroja con violencia al interior del transporte. Y, a través de la ventana, Florencio atrayendo la atención de ellos a otra parte. Uno se abalanza sobre el para el agarre...

Su cuerpo se zarandea (como tristemente ya es costumbre) alejándola de la imagen de Florencio en la ventana. La nave se alza entre las estrellas y todo se tiñe de negro.

Capítulo 8

De regreso

El sol colorea la arena de un anaranjado tostado. Hace brillar la piel morena de esas piernas que sobre salen de la sombra. Recostada en una toalla de playa, percibe un ligero aroma a flores y luego abre los ojos.

Escuchando el golpeteo de las olas, los gritos divertidos y alegres, al igual que aquellos horrorizados estando ya muy alejados de la orilla del mar.

Aislinn se incorpora al tiempo que devuelve sus piernas bajo la protección de la sombrilla. Sintiendo el calor del sol mayor a como lo recordaba en un principio. Y es con este pensamiento que comienza a mirar en todas direcciones, repentinamente ansiosa recordando todo cuanto ha sucedido.

Las voces de alrededor parecen haber disminuido, haciendo ver la playa mucho más tranquila. Ningún pez a la vista salta dentro y fuera del agua, hablando graciosamente a alguien ni luciendo esas finas escamas brillantes que parecen cabellos. Así como tampoco hay hombres de traje paseándose de aquí a haya.

Más tarde, fuera de la arena, dirigiéndose a las escaleras. El mercado ha desaparecido. Ningún verdulero grita fuertemente a las personas que automáticamente se les matizan los ojos de color verde. Tampoco se hace presente lo que ella creía la segunda parte del mercado, cubierta de lonas, pero, el aroma a flores ocasionalmente se pasea por su nariz al recordarlo.

Finalmente, la remembranza de tantas aventuras juntas se desvanece en el viento acompañado de lo que queda del perfume. Fugaces imágenes y sonidos que se escapan de su cabeza al tratar de examinarlas, dejando únicamente una inquietante y ligera sensación de abandono y perdida.

Capítulo 9

Adiós inconcluso

-No tengo miedo, al menos no a ellos. Me estoy olvidando de lo que solía ser mi vida, eso me asusta más y todavía estoy lejos de poder regresar.

- Florencio